

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 16 MARZO DE 1913.

NÚM. 409.

La Semana Santa

Comprende los siete días más grandes del año. Quinientos millones de cristianos extendidos por todo el globo, se postran ante ella para adorarla; y desde todos los puntos de la tierra, se elevan fervientes oraciones á los Cielos, en recuerdo del hecho más sublime y memorable de la historia humana, que es el de la Pasión y Muerte del Redentor, para la salvación del género humano.

Comienza esta Semana sagrada con el DOMINGO DE RAMOS, en que se conmemora la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén, cinco días antes de su cruenta muerte sobre el triste Gólgota.

Cada uno de los demás días siguientes, recuerdan un episodio memorable de tan grandiosa epopeya.

En el LUNES SANTO se recuerda la *Justicia Divina*, que sólo podía satisfacerse con el cruento sacrificio del Verbo inmolido en el ara de la Cruz, correspondiendo de este modo lo infinito de la víctima con lo infinito de la culpa cometida por el hombre en el Paraíso.

En el MARTEL SANTO se recuerdan las últimas profecías hechas por el Redentor antes de morir. Las más interesantes de todas es la del Juicio Final. La descripción que de él hacen los Evangelistas es majestuosa, sublime, aterradora. Leyendo aquellos versículos el alma se postra y teme, y ansía estar, en aquel día, á la derecha del Supremo Juez entre los escogidos para su Reino.

Día feliz en que todos los Abeles triunfarán de todos los Caines, y la virtud se asentará resplandeciente en su trono de Gloria vencedora de todas las miserias y de todos los dolores de la vida.

El MIÉRCOLES SANTO recuerda al Senedrín judaico reunido para juzgar y condenar á Jesús y concertar con Judas, el mal apóstol, la venta y entrega de Aquél. El debate en que se discutió la infame sentencia fué muy breve. De los sesenta jueces, sólo dos, Nicodemus y José de

Arimatea, votaron en favor de Jesús. La historia los bendecirá eternamente.

En cuanto á la venta vfl, fué más laboriosa; hubo largo regateo entre la demanda y la oferta, conviniéndose, al fin en dar á Judas 30 ciclos de plata, precio inferior al de la compra de un esclavo.

El JUEVES SANTO recuerda la última cena de Jesús y la institución del adorable Sacramento de la Sagrada Eucaristía. En esta Cena memorable hizo el Salvador su testamento sublime, el testamento de su sangre, de su cuerpo y de su vida, quedándose para siempre entre nosotros, en tan augusto Sacramento.

La escena que describen los Evangelistas es conmovedora, tierna é interesante. En ella Jesús se despidió de sus discípulos para otra vida superior en el Reino de su Padre Celestial. Todos lloran, todos menos uno; es Judas Iscariote que devorada su alma por la traición, no tiene lágrimas para sus ojos, y abandona ciego de odio, la sala para preparar la entrega del Divino Maestro.

Jesús, les da á todos sabios consejos acerca de cómo han de obrar en el mundo; les prodiga consuelos para fortalecer sus almas en la triste soledad en que los va á dejar, y pronuncia aquellas sublimes palabras que dan clara prueba de su divinidad: *Mi paz os dejo, mi paz os doy, no la que ofrece el mundo, sino la paz eterna que mora en el Reino Bendito de mi Padre. Amaos los unos á los otros como yo he amado. Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me ha aborrecido á mí; pero tened confianza. YO HE VENCIDO AL MUNDO.*

El VIERNES SANTO es señalado por los libros sagrados como el más santo, el más augusto y el más venerable de todos los días del año. El gran luto de que en él se viste la Iglesia, la profunda tristeza y dolorosa aflicción que embarga todas las almas, es causa de que no se celebre ni aun el santo sacrificio de la Misa y de que el Papa Inocencio I prohibiera la celebración de todo sacramento. Y es, que, en este día, no debe haber corazón más que para sentir y llorar la muerte del Redentor.

Su fecha inmortal se escribe sobre el monte Calvario á la luz del Cielo entristecido, eclipsado el astro hermoso del día, rasgado de alto en bajo el velo del gran Templo de Jerusalén y temblando la Tierra.

Los hechos sublimes que en ese día ocurrieron, los guarda la historia como un rico tesoro, y no hay tradición religiosa en el mundo que no los comente, los honre y los venera con fervor, como prueba de la influencia que ejercen en todos los pueblos de la tierra y de la divinidad y universalidad de nuestra Santa Religión.

Jesús ante el Consejo de los Sacerdotes, en la presencia del Sumo Pontífice, ante Herodes Antipas, en el Pretorio, en la calle de la Amargura, en Calvario, en la Cruz, llena con los resplandores de su Majestad todos aquellos lugares de sagrada recordación, y, con la inmensidad de su dolor y de su amor, invade los Cielos y la Tierra.

¡Bendito día en que tantas grandezas se realizan para bien espiritual y eterna Redención del hombre!

El SÁBADO SANTO se celebra la Gloriosa Resurrección del Salvador triunfante de la muerte, y de la encarnizada persecución de los viles jueces que lo condenaron al más cruel é infamante de los suplicios.

En la falda del monte Calvario, bajo un corte de elevación inmensa, aun se conserva, á través de los siglos, el sagrado Sepulcro donde estuvo depositado el cuerpo del Redentor.

El viajero que visita aquellos santos lugares, contempla la majestuosa Basílica que se levanta sobre la enorme peña, en cuyas entrañas está la santa gruta. Aquella peña se ha transformado en un grandioso Monolito que es hoy uno de los monumentos religiosos más notables del mundo. La gran Basílica está coronada por un elevadísimo y elegante cimborio, estilo Romano, que á guisa de inmenso mausoleo, se eleva precisamente sobre el Santo Sepulcro.

¡Venerandos lugares que encierran joyas tan preciadas de nuestra gloriosa Redención!

Sublime Semana en que se celebran tan interesantes episodios de nuestra Santa Religión, coincidiendo la conmemoración de tanta grandeza, símbolo de nuestra resurrección á la vida eterna, con el comienzo de la fecunda y hermosa primavera, en que también la Naturaleza resucita del helado sepulcro del invierno, para cubrirse de plantas, de flores y de frutos, con que sostener espléndidamente la vida corporal del hombre sobre la tierra.

Discurso notable

El jueves último en la tarde, hizo uso de la palabra en la Academia de Jurisprudencia en Madrid, nuestro querido amigo, colaborador y paisano el canónigo de la S. I. C. de San Isidro de la Corte y elocuente orador Doctor, Don Diego Tortosa, quien de modo magistral desarrolló el tema «La mujer católica de las clases elevadas y el problema social.»

De tan magistral disertación, dice y copiamos de nuestro colega madrileño «La Tribuna»:

«Ante un público bastante numeroso desarrolló con gran elocuencia su tema el distinguido orador; ocupándose, en primer término, de la fuerza avasalladora de la cuestión social y de la necesidad de buscar en la Iglesia los remedios eficaces para contrarrestar el mal, demostrando que la mujer ha sido siempre fiel colaboradora de la Iglesia en todos los tiempos y en todas las edades, y que el día en que vuelva su espalda á los altares caerá del puesto elevado en donde fué colocada por la Iglesia misma.»

Pasó luego el ilustre orador á estudiar los puntos salientes del problema social; habló de la indigna explotación á que están sujetas las obreras, asegurando que la fábrica mata el hogar porque le arranca su alma, que es la mujer, y alentó á las señoras para que ayudaron, con todos los medios á su alcance, á la fundación de «Ligas de productores» y otras Instituciones que son amparo y defensa de toda clase de trabajadores, desde el operario de las grandes ciudades, obligado á trasnochar para proveer comodidades y lujos de las clases acomodadas, al noble y sufrido campesino, al colono humilde abandonado á la merced del avaricioso administrador de las grandes fincas solariegas.

Con frases de gran elocuencia in-

